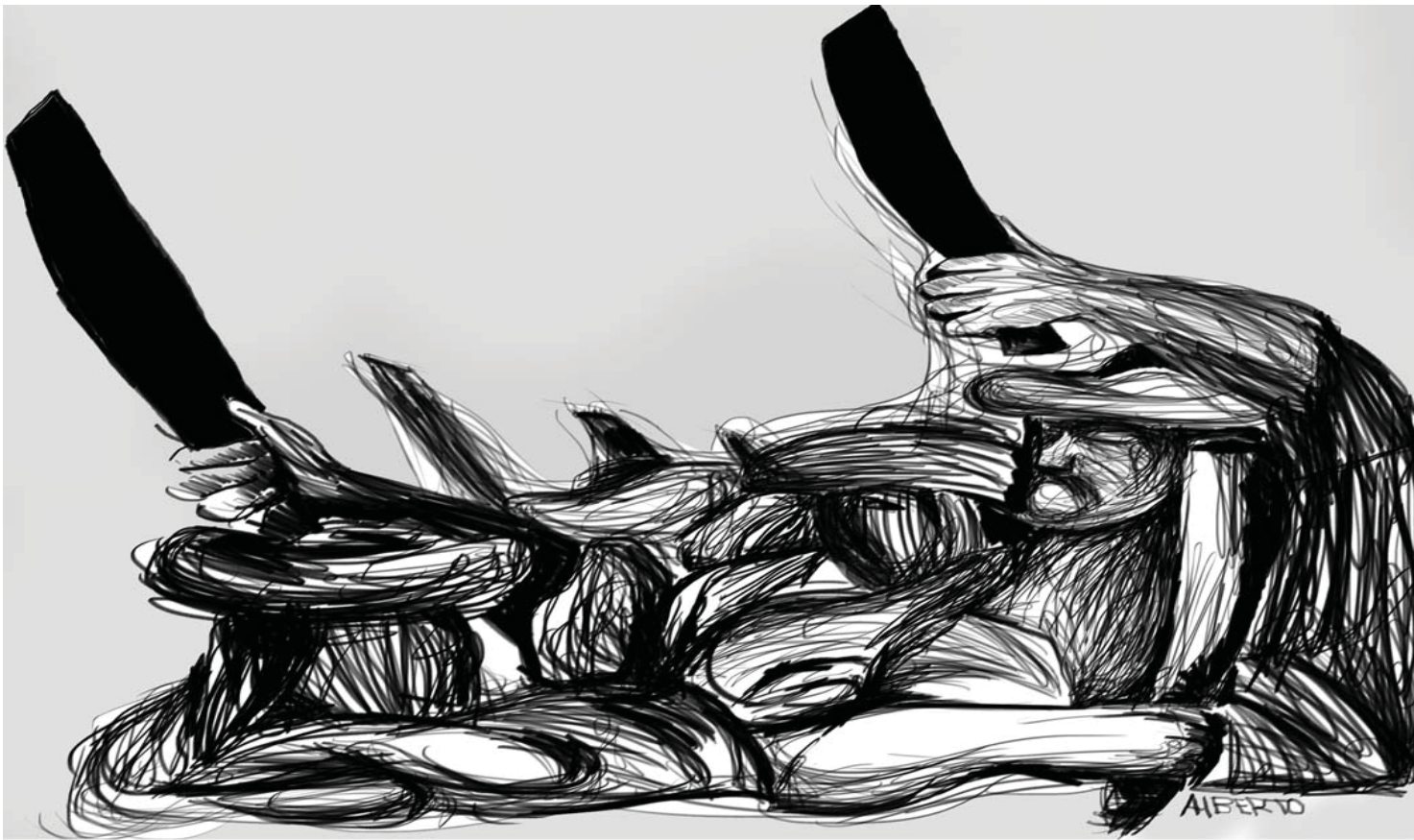


# el aragonés que se hizo mambí



De la serie *Héroes humildes*. Obra de José Alberto Rodríguez

dera de ese hombre como guerrero insigne, sólo diré que habiéndose incorporado en Marzo de 1869 al Ejército Libertador, como soldado raso, dos años después, en marzo de 1871, era ya comandante, ascendiendo por toda esa escala difícil, grado por grado, bajo la escrupulosa mirada disciplinaria del coronel Payán, y del no menos exigente Dorado, que discutían palmo a palmo el terreno a los ascensos militares. Pero no quiero concluir este relato de su vida de guerra sin referir una de las hazañas que entre tantas otras acreditan el valor incontrastable y la pujanza acometidora de Huerta, que en el campo de la acción crecía y se multiplicaba con su aliento y arremetida de alma de largo tiempo opresa. En febrero de 1871 se hallaba el general Francisco Villamil con unos 400 hombres de la fuerza de Sancti Spíritus, acampado en la finca "La Ceniza", de aquella jurisdicción; Huerta estaba en ese campamento al frente de 30 hombres de caballería, y había salido a explorar las cercanías de aquel lugar. Esa finca "La Ceniza", se hallaba enclavada en un espacio de terreno que puede pintarse así: un potrero pequeño circundado de fajas de monte por tres frentes, y después sabanas extensas; en el otro frente inmenso potrero colindante, y el camino real de Jobosí a la ciudad de Sancti Spíritus en la misma dirección. Allí como avanzada o retén, acampaba Huerta con sus 30 ginetes. Alcanzó en su salida a ver al enemigo ya cerca del campamento, y corrió con sus parejas exploradoras a dar parte al general. El enemigo, compuesto de unos 700 hombres, se había dividido en tres columnas para atacar en combinación y á un tiempo. Huerta había visto la distribución del enemigo, y hasta la dirección de cada una de las columnas de ataque; en pocas palabras explicó al general todo eso, y agregó: "Por el frente que yo ocupo, viene una columna de más de 200 hombres; las dos restantes atacarán por esa misma parte", y apuntaba al norte: "ahora, si usted me refuerza siquiera con una compañía de infantería, yo le prometo que esa que viene por mi lado no entrará dentro de las avanzadas del campamento". Eso fué mucho decir; pero aquel hombre

era muy capaz de cumplir cuanto ofreciese en achaques de pelear, y por eso él, el ser menos jactancioso que yo he conocido en mi vida, cuando descansaba de la lucha solía transfigurarse y echar alguna bravata que se escapaba de su alma heroica y tenaz tan pronto como el enemigo se presentaba, ó cuando el peligro y el conflicto parecían mayores. El general Villamil puso á sus órdenes 40 hombres de infantería, con sus oficiales, y el avanzó con aquéllos y con sus 30 ginetes sobre la tropa que venía ya llegando a la avanzada; la lucha se trabó, porfiada y furiosa, por aquella parte del campamento, mientras que por las otras el general y nosotros fuimos atacados de firme, haciéndose total el combate, que duró más de media hora, y siendo al cabo de ese tiempo desalojados nosotros de nuestras posiciones por el enemigo superior y abierto en dos columnas que se habían unido al fin. Nos replegamos a retirarnos en buen orden después de quemar nuestros últimos cartuchos, y el enemigo ocupó el campo. Cesó el fuego de un todo entre nosotros y la tropa española, pero á lo lejos, á más de media legua de distancia, se oía disparo graneado de guerrillas, y era el de Huerta, que echándose materialmente sobre los españoles los hizo atrás cuerpo á cuerpo, y los persiguió después por todo el camino real, que ellos en su fuga eligieron como el más franco para la huída. Una hora más tarde Huerta se nos incorporó, trayendo caballos, rifles y provisiones de los españoles, que habían sufrido muchas bajas y el consiguiente descalabro por aquella parte del campamento atacado. Tal era el hombre y su modo de pelear. Entonces era capitán, y el general lo propuso al Gobierno de la República para el grado inmediato de comandante.

Pasemos ahora a hablar del carácter y fisonomía moral de ese hombre singular, que ya se indican de perfil en lo que llevo escrito. Su vida, sus maneras, su trato y hasta su vestir eran sencillos, llanos y modestos; la benevolencia de su carácter, su dulce sonrisa, su tranquilidad exterior, que seguramente venía del reposo del alma, lo hacían simpático y atractivo para todo el mundo; su generosidad en nada desmentida, su desinte-

rés personal, su inclinación á hacer el bien á los demás olvidándose de sí propio, y su angustia ante las necesidades que él no podía remediar, hicieron de aquel hombre especial y bueno el ídolo de cuantos le conocieron y trataron. Yo lo ví mil veces, —lo ví siempre— inquiriendo cuál era entre sus compañeros el más necesitado para darle la mitad de su pobreza, por ejemplo, una muda de ropa de las dos que él tenía; y eso lo hacía con todos indistintamente, ya fueran sus iguales en grado y categoría, ya soldados de los más infelices y desvalidos. Después de que la fuerza de su mando saqueaba tiendas y caseríos enemigos, se le veía solícito por entre los suyos recordando a cada hombre el deber en que estaba de dar parte de su botín á los que no habían podido ir á la pelea, y sobre todo, á los enfermos y heridos de los hospitales y de ese modo hacía su recolección general de ropas y víveres que inmediatamente repartía entre los menesterosos, tan satisfecho y feliz como podría sentirse un avaro á quien dijera de improviso que le había crecido de golpe la fortuna. Muchos, muchísimos supervivientes de la Revolución recuerdan esas cosas, por lo que ellas tienen de encantadoras, y aún diré que como divinas; y no habrá ninguno de ellos que no se sienta conmovido a leer estas líneas que evocan la memoria de aquel hombre extraordinario por el valor y la virtud.

Y ahora me viene á la memoria un hecho que mejor que otro alguno prueba la moral y el desinterés casi evangélico de Huerta. Su fuerza de caballería, con él al frente, saqueó un poblado rico de la jurisdicción de Sancti Spíritus, y en él se apoderaron sus soldados de una gruesa suma de dinero que encontraron en el almacén de un enemigo de la Revolución; los soldados se repartieron el dinero como justo botín de guerra. Huerta no sabía nada de eso; pero á la mañana siguiente, al pasar lista, sus soldados, que lo adoraban tanto como lo respetaban, quisieron hacerle entre todos un presente, y éste era el de seis onzas españolas que trataron de poner en sus manos, explicándole que ellos se habían hecho de ese dinero la noche anterior en un establecimiento español del pueblo atacado y que deseaban que él aceptase aquella pequeña cantidad como demostración de su

cariño hacia él. El les dió las gracias y luego agregó: —"Ese dinero es bien adquirido, porque tales son los usos y necesidades de todas las guerras, y de ésta más que de otra alguna, por su pobreza material; pero yo no aceptaré esa cantidad que ustedes me ofrecen porque en mis manos sería inútil, y digo inútil, porque yo, como ustedes saben, no fumo, ni tomo licor, ni juego á nada, ni bailo, ni voy á reuniones de ningún género, y, en cuanto a comprar zapatos y ropa, no tengo necesidad de eso, porque mi asistente se ocupa de ello, y luego las pobres cubanas de los montes me cosen mi poca ropa y me la lavan con natural regocijo, sin retribución alguna: ya ustedes ven por qué no acepto, aunque agradecido, ese obsequio". Pero los soldados persistieron, y él, no queriendo desagradarlos, tomó el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Pasó tiempo, como tres o cuatro meses, y la situación de la Revolución se fué haciendo más precaria; ya iba escaseando todo entre nosotros, y principalmente el calzado y la ropa: Huerta entonces formó un día á sus soldados y les devolvió íntegras las seis onzas, diciéndoles: —"Aquí está el dinero que me disteis en depósito, puesto que yo no lo he necesitado para nada y vosotros ahora lo necesitáis para vestiros y calzaros". Así practicaba aquel hombre la virtud, haciéndola consistir en saludable ejemplo de bondad y de moral: y todos esos actos de seráfica grandeza los ejecutaba con humildad tanta que tal parecía como que se ocultaba, temeroso de aparecer indiscreto o vanidoso a los ojos del mundo. Pero no se crea, por lo dicho hasta aquí sobre el carácter bondadoso y especial de Huerta, que él como militar permitiese siquiera un desliz en cuanto a la obediencia que se le debía por sus subordinados, y que él á su vez sentía por sus superiores gerárquicos. Era él en la guerra, antes que todo, soldado, y soldado de "verdad" educado en la escuela ordenancista del ejército español. Además, su misma naturaleza de hombre honrado y justo, en el más alto concepto de estas palabras, le impulsaban á ser inflexible contra todo abuso ó falta cometida por los demás en el desempeño de sus deberes recíprocos, y así fué que las fuerzas á su mando brillaron siempre por su orden, compostura y disciplina.

Ya basta con lo dicho para apreciar debidamente el valor intrínseco de Ramón Huerta y para hacer pensar á los inteligentes y reflexivos sobre ese hombre excepcional, hijo del pueblo, de instrucción rudimentaria aunque correcta, que fué soldado, que fué penado, lo que no le impidió elevarse por la moral y la justicia hasta el supremo sacrificio... Murió asesinado. Aislado y enfermo lo encontraron los guerrilleros cubanos que servían bajo la esclavitud española, y lo mataron a mediados del año funesto de 1871, en un rancho de la jurisdicción de Sancti Spíritus. Pero enfermo y todo, sin poderse poner en pié por impedirle las lesiones que sufrió en la cintura al estrecharlo su caballo contra un árbol en la carga que en esos mismos días había dado a los españoles con algunos números de su deshecha caballería, dió rostro firme con su revólver á sus matadores, é hirió á tres de ellos antes de ser sacrificado. Así murió por la libertad de Cuba ese moderno héroe que á haber vivido hasta la terminación de nuestra guerra malograda, hubiera con sus hazañas oscurecido las que ilustran los nombres inmortales de los Villapol y los Minas en la Historia de la emancipación americana.

**Nota: Escambray respeta la ortografía y el estilo de Cuadernos Cubanos. No. 8. Universidad de La Habana. Comisión de Extensión Universitaria. 1969.**